

# UN GEÓLOGO INGLÉS POR LA ALPUJARRA ALMERIENSE A MEDIADOS DEL SIGLO XIX: DAVID THOMAS ANSTED

Christian Navas Garratt (traductor)  
Valeriano Sánchez Ramos (historiador)

**RESUMEN:** David Thomas Ansted recorrió la Alpujarra a mediados del s. XIX. A su regreso a Londres publicó las impresiones de su viaje en el que pasó larga estancia en Berja.

**Palabras clave:** David Thomas Ansted, Alpujarra, Berja, Almería, libro de viajes, s. XIX.

**ABSTRACT:** David Thomas Ansted travelled all over the *Alpujarra* around the middle of the 19<sup>th</sup> century. When he came back to London he published his impressions about his journey in which he stayed for a long time in Berja.

**Keywords:** David Thomas Ansted, Alpujarra, Berja, Almería, travel book, 19<sup>th</sup> century.

David Thomas Ansted es un escritor inglés especializado en temas de geología y paleontología, que escribió asiduamente en el prestigioso diario *Mining Journal*. Vivió entre 1814 y 1880 y sus biógrafos lo refieren profesionalmente con el título de profesor y, sobre todo, como un reconocido geólogo económico, en clara alusión a sus enormes dotes para estudiar y analizar áreas con posibilidades para la explotación del subsuelo. Con el boom minero que experimentó nuestras tierras a lo largo del siglo XIX y las enormes inversiones británicas en la minería española, es evidente que las observaciones de este especialista no podían faltar. Con tal motivo, a mediados de 1853 realizó un viaje a nuestro país para conocer in situ las posibilidades del

sector, siendo uno de los puntos de destino La Alpujarra. Tras su vuelta a Gran Bretaña, publicaría en Londres en 1854, bajo la mano de la imprenta John Van Voorst, un libro titulado *Scenery, Science, and Art; being extracts from the note book of a geologist and mining engineer*. [With plates.], en el que relataba sus experiencias<sup>1</sup>.

El texto de Ansted que se ha traducido corresponde al capítulo 5 de su libro, entre las páginas 145 a la 164, en el cual se describe su viaje desde Granada a Almería y su larga estancia en Berja, donde tuvo ocasión de visitar extensamente las localidades situadas en torno a la Sierra de Gádor. De este capítulo hemos suprimido los desarrollos

<sup>1</sup> La obra se encuentra en la *British Library* bajo la referencia 10027E18.

geológicos, por considerar su lectura un tanto farragosa a las personas legas en la materia. El resultado ha permitido formar un texto cómodo de leer y ameno, con un alto valor objetivo, el cual queda contextualizado por el estudio preliminar que precede en el que hemos intentado crear las bases para una mejor comprensión. Este análisis inicial se ha compuesto en dos partes: Una primera, en la que estudiamos todo el viaje, así como los diferentes recorridos que realizó, y una segunda, a modo de conclusión, en la que nos detendremos en algunos aspectos de diferente calibre -especialmente etnohistórico- que permiten encuadrar finalmente el documento que publicamos.

## 1. DE GRANADA A ALMERÍA POR LA ALPUJARRA

El trayecto de Thomas Ansted para llegar a Almería se realizó por la Alpujarra, abrupta comarca que cruzó en sentido horizontal con un claro objetivo geológico. Su meta era el municipio virgitano, lugar asentado al pie de la Sierra de Gádor y por entonces el principal productor mundial de plomo, si bien en segundo objetivo pretendía analizar, a modo de prospección, todo el sector occidental almeriense, tan rico en minería<sup>2</sup>. Aunque parco en palabras, durante el trayecto el viajero se detiene en explicar sus experiencias a su entrada a la comarca alpujarreña -Lanjarón y Órgiva- y, sobre todo, en su destino, la Baja Alpujarra, en la que despliega numerosas visitas al entorno. Después de una larga estancia con cabeza en Berja, el británico continuó su camino por el río Andarax, con objeto de reconocer la Sierra Alhamilla, tras la cual pasó a la ciudad Almeriense. Las fases de su periplo -en razón también a su propio interés-, puede clasificarse en seis etapas:

### 1.1. Por caminos alpujarreños hasta Berja

La partida desde la ciudad de la Alhambra la realizó Ansted con un acompañante al que no cita su nombre y que, posiblemente, se trata de un guía. El trayecto que siguió fue el de costumbre, introduciéndose por el Valle de Lecrín, al que describe con

cierta rapidez. Al llegar a Lanjarón sus descripciones aumentan y son bastante jugosas, llamando la atención el servicio dado por «algo parecido a una diligencia» y cómo ésta no llega a pasar por la localidad, sino «...*que se acerca a unas dos millas de Lanjarón, y bruscamente termina su recorrido allí, dado que el resto del camino es demasiado estrecho y escarpado excepto para hombres y cuadrúpedos*». Nuestro personaje se acercó a la población, cuya visión le llamó la atención, valorando muy positivamente los manantiales de agua y ofreciendo un análisis geológico. La descripción que realiza Ansted sobre Lanjarón es encantadora, no reprimiendo su sentimiento para calificarla de «*hermosa*». Aunque le llaman la atención las construcciones, mayoritariamente de origen musulmán, reconoce que «...*sus calles son estrechas, desiguales, empedradas y desagradables*». La jornada de viaje terminó en Órgiva, a la que denomina cabeza de comarca, y que correspondería con la antigua taha del mismo nombre. La visita a esta localidad le permite hacer un relato de los cultivos más importantes de la localidad, básicamente referidos a la horticultura, así como a los productos alimenticios más vendidos. El hecho de tener que prepararse la comida en la posada -que no queda muy bien parada- le permitió conocer de primera mano los productos más frecuentes.

Al amanecer del día siguiente Ansted y su acompañante se adentran en la comarca por el único camino existente: la rambla. Este curioso curso fluvial único en su categoría, así como su utilidad viaria le llaman la atención, hasta el punto de exclamar que «...*esta forma de viajar no puede comprenderse en absoluto*». Al margen del simpático comentario, es preciso señalar que esta anotación nos permite corroborar no sólo que la red viaria del país a estas alturas del siglo era deficitaria sino que ésta aún se basaba por los trazados fluviales de antaño. Las localidades por las que pasaron no las describe, tan sólo refiere el camino solitario, yermo y monótono, si bien -con cierto humor- reconoce que el fin de todo viaje siempre llega. De modo que el autor no tiene por más que exclamar cómo -al término de su andadura por las abruptas montañas- «...*llegará el día del juicio final, y que los grandes bloques de caliza y esquisto a nuestros pies no son depósitos permanentes*». No exageraba el inglés en

<sup>2</sup> Por toda la bibliografía, nos remitimos a la obra de A. Sánchez Picón, *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*, Almería, 1992, la cual dedica un amplio y extenso capítulo al tema minero y todo su desarrollo industrial y comercial. Con carácter particular, es de obligada lectura la obra de M.Á. Pérez de Perceval Verde, *Fundidores, mineros y comerciantes. La metalurgia de Sierra de Gádor, 1820-1850*, Almería, 1985

esta cuestión, sino que el relato de otro viajero -que hizo la ruta en sentido contrario- expresaba idéntica cuestión, al decir que «...llegué con felicidad a esta casa, aunque sin que se me olvide fácilmente el viaje de Berja a Lanjarón, y las peripecias del camino de las Alpujarras»<sup>3</sup>.

### 1.2. Las impresiones sobre Berja y Adra

La recompensa de Ansted a tan incómodo viaje fue Berja, una villa a la que llegó a finales del mes de agosto. La visión de esta población fue un cambio notable con respecto a los núcleos por los que pasó, ya que ésta no respondía a las características constructivas de las localidades del entorno. Su agradable visión no escapó al agudo sentido analítico del escritor, quien anotaba lo siguiente: «...el lugar es realmente moderno; dado que la vieja población fue destruida casi por completo por un terremoto de principios de este siglo, [y] quedan pocas características musulmanas, que no sea el estilo general de los edificios, claramente adaptado de los antiguos habitantes». Por su construcción le llamaron la atención el ayuntamiento, la iglesia y la plaza del mercado, así como la nutrida vega que florecía al amparo del agua. No cabe duda que la enorme riqueza generada por la minería plomera de sierra de Gádor sustentaba tamaño esfuerzo urbano. La morfología urbana de la localidad se asemejaba a una ciudad de la época, no sólo en sus aspectos generales sino en los más particulares. Probablemente muchas de sus edificaciones fueron diseñadas por arquitectos granadinos, y tanto es así que no es extraño que un viajero granadino, Antonio Rubio Gómez, en 1881 no pueda por menos que comparar esta villa a la capital de la provincia y escribir: «...Almería es un pueblo de Oriente. Berja es completamente andaluz. Almería es murciana, Berja es granadina, y está protestando a voces contra la moderna división territorial que la tiene colocada bajo un feudo y protectorado extraños. Berja, en la provincia de Almería, es un colono forastero»<sup>4</sup>.

Los rigores del verano y el fatigoso camino pronto desaparecen en la mente de Ansted una vez que se aloja en el apartamento virgitano. Desde su ventana la sensación de un lugar confortable para el cuerpo y la mente lo inundan. La composición urba-

na de la localidad, asentada en un valle rodeado de montañas, y organizada en torno a manzanas grandes compuestas por casas con sus enormes huertos, debió ser una visión maravillosa. Desde la ventana de su alojamiento, decía: «...veía un jardín con naranjos, limoneros, granados, higueras y palmeras, así como distantes parches blancos de nieve en las montañas; desde la otra ventana podía ver la Sierra de Gádor con sus incontables minas, indicando una población grande pero oculta».

La visión de una Berja repleta de vegetación y fresca en torno a un secarral ambiente no es única de Ansted, sino que está presente en innumerables viajeros del momento. El incomparable espacio que debía suponer esta composición en el hostil medio la relatan constantemente los viajeros, muchos de ellos posiblemente influenciados por la literatura maurofílica. Al-Maqqarí fue el poeta que mejor describió como nadie todo lo que concierne a este idílico oasis de viandantes:

*Son jardines que te seducen con su verde manto  
y su talle está ceñido de azahar.*

*Sus lágrimas sobre la mejilla de la colina,  
dejan prendado al que las mira.*

*Todo parece un paraíso,  
pero el camino que allí conduce parece el infierno.*

*Detén tus monturas en Berja  
y disfruta allí de su esplendor.*

*En un castillo como las estrellas del Boyero  
y un bosque como el mar.*

*Su fortaleza es tu seguridad  
y su belleza tu alegría.*

*Cualquier país, se visita, pero  
ir a Berja, es peregrinar»<sup>5</sup>*

No era una impresión única la que nuestro viajero británico tuvo sino que en 1874 un escritor tan sensible como Pedro Antonio de Alarcón tampoco se substrajo a esta cuestión, pues, a su paso por las cercanías a la localidad, fue consciente de la impresionante importancia de este jardín urbano.

<sup>3</sup> J.Á. Tapia Garrido, *Historia de la Baja Alpujarra. Adra, Berja y Dalías*, Almería 1966, p. 307.

<sup>4</sup> A. Rubio Gómez, *Del mar al cielo. Crónica de un viaje a Sierra Nevada*, Almería, 1881. Edición facsímil, con estudio preliminar de A. Sánchez Picón, Granada, 1994, p. 41.

<sup>5</sup> S. Gibert, *Poetas árabes de Almería (s. X-XIV)*, Almería, 1987, p. 111.



«Desde la ventana de su habitación en Berja, Ansted disfrutó de la vegetación de los afamados huertos de Berja». «Vista de los huertos virgitanos con la iglesia al fondo», fotografía de finales del siglo XIX. Gentileza de Enrique Villalobos Sánchez.

Las prisas por continuar su viaje impidieron que recalase en esta población, si bien no dejó de escribir una breve conversación con su acompañante, y que marca perfectamente el sentido de todo cuanto estamos relatando. Decía: «...¿ves aquel delicioso pueblo, que blanquea y reluce a la luz del sol, entre densas masas de verdura, como una joya medio escondida en un canastillo de olorosas hierbas y gayas flores? [...] Yo no tengo ojos más que para mirar al sol -contestó mi primo-: yo no veo más sino que hay que estar en Albuñol a las ocho. [...] Pepe, -reliqué yo, poniéndome de pie en los estribos, para mayor solemnidad-. Esas tus nobles palabras pasarán a los siglos venideros. Yo las escribiré en letras de molde, ya que no de oro, con la historia de estas descomunales hazañas que

*estamos realizando; y además, para que tu gloria sea completa, te dedicaré el capítulo. No puedo hacer más por tí»<sup>6</sup>.*

En la época que estuvo Ansted la villa virgitana rebosaba vida, producto del desarrollo de la minas. Bulliciosa, especialmente por el enorme trasiego de caballerías que bajaban de la sierra, así como por el trayecto contrario para llevar a los mineros alimentos y ropa, su actividad frenética no descansaba ni siquiera de noche. Arrieros en un alto en su marcha a la montaña; otros en su destino contrario a la costa; mineros que bajaban a descansar; comerciantes con todo tipo de productos para una numerosa población... eran la tónica diaria de Berja. Y este movimiento tan activo y ruidoso, no cabe duda, que fue percibido por un viajero cansado que durmió aquella noche como pudo.

Repuesto de su marcha, a la mañana siguiente Ansted decide acercarse a Adra, en donde se encontraban las fundiciones de plomo, producto que se exportaba mayormente a Estados Unidos y Marsella. Para estas fechas la localidad cuenta con un cónsul inglés, al que se presentaría para informarle de su estancia en la comarca y el objetivo de su viaje. Posiblemente acompañado por este representante británico, David Thomas tendría ocasión de visitar el municipio, en donde se maravilló del clima. La benignidad climática llamó la atención del viajero, ya que ello favorecía cultivos agrícolas de enormes posibilidades comerciales, tal es el caso de la caña de azúcar, arroz y platanera. Junto a estas virtudes agrícolas, encuentra encantadoras las posibilidades que ofrecía su litoral, aunque consideraba que la infraestructura no sólo pasaba por inadecuada para los bañistas -especialmente femeninos- sino que era «primitiva». El peculiar viajero advertía que la playa abderitana tan sólo tenía una caseta para cambiarse y ésta se encontraba alejada de la línea de costa, provocando más incomodidad a los usuarios.

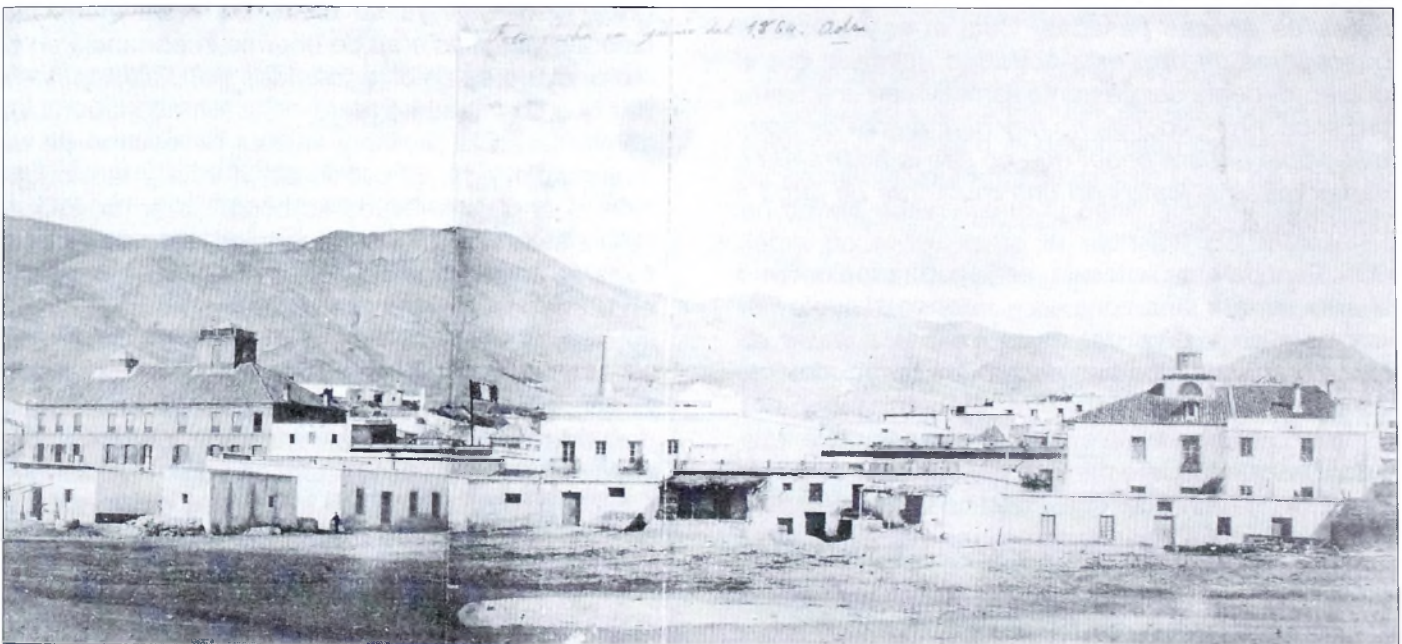
Ansted visitó la localidad y le llamaron la atención los restos militares que conservaba, tanto de una torre, posiblemente de Montecristo, como de la fortaleza, a la que confunde de factura musulmana. De igual modo quedó admirado -a semejanza del comercio arriero de Berja- por el enorme tráfico marítimo de su puerto. Sin ningún género de duda su relevancia se la daba la salida del plomo de

<sup>6</sup> P. A. de Alarcón, *La Alpujarra, sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*, Madrid, Ed. Miguel Guijarro, 1874, p. 365.

sierra de Gádor, si bien también tenía cabida un flujo de cabotaje por todo el litoral, llegando incluso a alcanzar la ciudad de Cartagena. De igual modo, las fundiciones de la localidad exigían grandes cantidades de combustible para su actividad, de modo que por el punto portuario también se realizaba un comercio con Inglaterra basado en la exportación de plomo y la importación de carbón.

La fábrica más importante no sólo fundía el plomo en barras sino que había conseguido realizar productos de segunda transformación (tuberías, perdigones, pigmentos...). Aunque no refiere su nombre, posiblemente por la variedad de sus manufacturas deba tratarse de la fundición San Andrés, fundada en 1822 por la compañía malagueña *Casa Rein y Cía*. Esta empresa tiempo después pasó a manos de la compañía *Collman Lambert and Co*, de Londres, quien la traspasaría en 1837 al industrial malagueño Manuel Agustín de Heredia<sup>7</sup>. Según Ansted -que visitó la fábrica- nos recuerda cómo

este alarde fabril se debía al esfuerzo de compatriotas, ya que la instalación disponía de una moderna maquinaria y cómo ésta fue costeada por el cónsul británico, Juan Kirkpatrick Wilson. Este personaje pertenecía a una familia de origen escocés que estaba arraigada en estas costas desde finales del siglo XVIII, en concreto en Málaga, en donde algunos de sus miembros ya trabajaban con el plomo<sup>8</sup>, producto que posiblemente les llevó a esta villa alpujarreña. El dueño de esta fábrica abderitana debió residir tiempo en Adra, pues, cuando más tarde la traspasó a su hijo, Alejandro Kirkpatrick, éste se declaraba natural de la localidad<sup>9</sup>. Durante un tiempo este personaje había residido en Garrucha, donde fue vicecónsul inglés, si bien para las fechas que nuestro personaje se encuentra en la villa litoral este inversor había muerto y su propiedad estaba en manos españolas. Desconocemos si el traspaso de la instalación fue por venta o por herencia, habida cuenta que una de las hijas de este personaje



Adra era una villa costera donde nuestro viajero se presentó al cónsul británico y tuvo ocasión de ver sus importantes fábricas. En la imagen vista de Adra en junio de 1864, con una chimenea humeante al fondo. Publicada por J. L. Ruz Márquez.

<sup>7</sup> C. García Montoso, *Málaga en los comienzos de la industrialización: Manuel Agustín de Heredia (1786-1846)*, Córdoba, 1978, p. 79.

<sup>8</sup> En concreto procedían del escocés William Kirkpatrick, cónsul de los Estados Unidos en Málaga ya en 1791, fecha en la que recibió al cónsul belga, el segundo más antiguo en esta ciudad. Este Guillermo Kirkpatrick, junto con el comerciante malagueño Domingo Díaz, en 1810 recibieron autorización de José I para instalar en Málaga una fábrica de productos químicos, para lo cual se les permitió traficar con plomo. Vid. J. García Castillo, *La institución consular en Málaga*, 2003, p. 188.

<sup>9</sup> La evolución de esta importante instalación fabril no está suficientemente estudiada, si bien podemos seguir parte de su propiedad, vid. M.A. Pérez de Perceval Verde, *Fundidores, mineros...*, p. 131.

casó con dos miembros de la elite minera de Berja, en concreto con las familias Gutiérrez y Manzano, de Berja, y otra con la familia Carmona, de Garrucha<sup>10</sup>.

Tras observar todo el proceso de transformación del mineral plúmbeo, Ansted volvió a Berja, villa desde la que realizaría diferentes viajes a las minas de sierra de Gádor, verdadero objetivo de su viaje.

### 1.3. Las minas de sierra de Gádor

El distrito minero de Sierra de Gádor lo visitó Ansted en diversas ocasiones, «...primero simplemente a la cumbre de la montaña, y después pasé la cumbre para pasar a la parte oriental de las Alpujarras». Las vistas desde esta altura son extremadamente bonitas, algo que contrasta con el paisaje humano que constituían unos «...pobres mineros, que ganan un escaso salario cavando y cribando la grava aluvial buscando fragmentos de mineral de plomo». Se trataba de un nutrido grupo de personas que rebuscaban el plomo que pudiera quedar en las escombreras dejadas por explotaciones mineras de épocas pasadas. Cual si se tratase de buscadores de oro, esta actividad -tolerada por el gobierno- debía ser bastante llamativa en una sierra tan seca, en «...donde no hay ni una gota de agua disponible ni para beber que no sea la acarreada a varias millas a lomos de una mula tras un largo y empinado ascenso».

Pasada esta antesala, se llegaba propiamente al área minera, una zona en «...donde el suelo literalmente se vuelve del revés gracias a miles de topos humanos, que han escarbado, generalmente con bastante éxito». Esta afirmación del viajero nos permite comprobar el verdadero alcance de la actividad, ya que tamaño número de personas en plena sierra no cabe duda que constituía una segunda villa de Berja. Una población con un lamentable hábitat, constituido por «...tan sólo unas pocas ventas de aspecto miserable, y las casas, o más bien cabañas de las más pequeñas (cortijos), cerca de retumbas<sup>11</sup>, para refugio y protección, son las únicas cosas que rompen la lóbrega monotonía de los montículos polvorientos». Ansted recorrió tam-

bién la umbría de la sierra de Gádor, en donde analizó las explotaciones mineras de otros municipios colindantes.

### 1.4. Las poblaciones cercanas al Andarax: Una noche en Fondón

En su análisis por la cara norte de la sierra de Gádor, nuestro viajero no dudó en visitar las poblaciones cercanas del Andarax, en donde el urbanismo vuelve a la tónica general que encontró en su ruta alpujarreña: «...llegamos por fin al valle, donde se pasan varias aldeas y pueblos musulmanes uno tras otro, en primer y segundo plano del paisaje». Los llamativos cultivos mediterráneos son nuevamente descritos por un animoso viajero que encuentra en ellos cierta simpatía. Relevante resultaba la perfecta combinación de una agricultura adaptada a las demandas alimenticias, básicamente constituidas por «...los olivos y las viñas [y que] proporcionan el aceite y vino tan necesarios en este país». Especialmente se acentuaba esta cuestión para los mineros, ya que el producto oleícola no sólo era imprescindible para los candiles sino como grasa vegetal para su dieta. De igual modo las calorías vinícolas eran de enorme importancia en el menú diario de estos aguerridos trabajadores, toda vez que su consumo fuera de la jornada laboral se convertía en la principal válvula de escape de su lamentable vida. El cultivo de la viña y la fabricación alcohólica derivada se beneficiaron de importantes inversiones de los capitales mineros, que no tardaron en derivar parte de sus excedentes de capital en un negocio tan lucrativo. Las referencias de los ingenieros de minas, así como de diferentes viajeros, a la enorme extensión del viñedo -especialmente en Berja- da muestras de la dinámica economía derivada de los trabajos mineros<sup>12</sup>. Estamos convencidos que estudios históricos sobre el olivar, así como el desarrollo de las almazaras daría resultados excelentes sobre la economía del momento.

En su visita al valle del Andarax, Ansted pernoctó en Fondón, una pequeña localidad «...próspera por la vecindad de estas minas». Desde esta localidad le llama poderosamente la atención el enorme esfuerzo regio de épocas pasadas por tra-

<sup>10</sup> V. Sánchez Ramos, «El linaje Gutiérrez en Berja (Almería)», *Farua*, 2 (1999), pp. 166-167.

<sup>11</sup> Las *Retumbas* de la sierra de Gádor son refugios para los pastores. Construidas generalmente en piedra seca, son pequeños habitáculos cerrados con una sola entrada.

<sup>12</sup> V. Sánchez Ramos, «De vides y parras en Berja», *Farua*, 4-5 (2001-2002), p. 252.



«Conforme Ansted descendió río Andarax abajo, el rigor minero decreció, mostrando nuevamente interés por el paisaje que veía y la agricultura que encontraba». En la imagen Huécija. Foto del autor.

zar un camino que debía conducir el plomo a Almería. La importancia económica de las fundiciones reales de esta localidad y de la cercana Fuente Victoria, así como sus homólogas de Alcora, en Canjáyar, llevaron a la Corona a acondicionar la red viaria para el transporte<sup>13</sup>. El cierre progresivo de estas instalaciones, entre 1803 y 1820, fue acabando poco a poco con el interés real por adecentar la caminería<sup>14</sup>. No obstante la pérdida del monopolio real sobre la explotación del subsuelo y su traspaso a manos privadas eliminó también la inversiones en las vías de comunicación. Tanto es así que a mediados del siglo XIX llega a exclamar nuestro viajero que el camino «...está tan deteriorado, que es casi intransitable incluso para los vehículos más resistentes».

#### 1.5. Del río Andarax a Sierra Alhamilla

Tras su visita a Fondón, cabeza minera que le interesaba a Ansted, la descripción del viaje cambia radicalmente conforme desciende por el río Almería, en donde nuevamente la agricultura mediterránea llama poderosamente la atención del inglés. Es curioso que no se detenga a realizar ningún análisis minero substancioso, pues, como él mismo reconoce, «...las minas, aunque no desaparecen, pierden importancia, pero todavía se encuentran, a grandes intervalos, fundiciones en las colinas». Entre las explotaciones que tenemos documentadas que generaban este peculiar paisaje minero, se encontraban las minas -básicamente de plomo y hierro- de Rágol<sup>15</sup> y los trabajos que se realizaban en Beires y Terque<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> De su volumen y tráfico tenemos algunas referencias de la arriería y porteadores de la localidad de Rágol. Vid. M. Salvador Hernando, *La minería en Rágol en el siglo XIX. Apuntes de su historia*, Almería, 2003, pp. 33-38.

<sup>14</sup> Hay algunas referencias documentales de las inversiones reales, las más significativas se ofrecen en el año 1807 para levantar el puente de Alcora sobre la Rambla del Aguadero. Vid. Esteban Hanza, E., *Canjáyar, pueblo alpujarreño*, Almería, 2000, p. 341 nota 3.

<sup>15</sup> M. Salvador Hernando, *La minería...* La lectura es recomendable en toda la obra, remitiendo al lector a la p. 127, en donde el autor hace una relación de parajes de la sierra en donde se realizaban trabajos mineros, así como al mineral que se extraía.

<sup>16</sup> En Terque desde hacía tiempo había algunos vecinos que estaban invirtiendo en la minería de sierra de Gádor, en especial en minas de Berja, Presidio, Fondón y Beires. De igual modo en su término se realizaron trabajos, ya que en 1824 un vecino de Instinción solicitó al concejo de Terque la instalación en la localidad de un horno (también llamado bolicho) de fundición. Vid. L. López Romero y A. Buendía Muñoz, *Terque. La vida en el siglo XIX*, Terque, 2001, pp. 68-69 y 79-80.

La escasa atención prestada por nuestro viajero no sólo se debe a la poca entidad que para estas fechas tenía el desarrollo minero sino por que su objetivo era Sierra Alhamilla, puesto que su formación geológica -intuía- podía deparar sorpresas. Sin embargo la visita a la sierra fue poco satisfactoria, ya que, aún cuando encontró otros minerales, éstos para él no tenían importancia. En definitiva, quedó decepcionado, pues, si bien «...aparece el plomo al igual que en la Sierra de Gádor, pero ni las minas se han explotado demasiado, ni los resultados han sido muy favorables». Bien informado, Ansted observa la composición geológica de la cordillera costera y la relaciona con la sismología, propia de una configuración de plegamientos<sup>17</sup>. No obstante el interés del texto de viaje no está en esta información científica sino en los datos precisos que nos da sobre la mentalidad popular, ya que durante todo el siglo XIX le informaron los lugareños del poco número de terremotos sufridos en el área. La causa de la inactividad -como no podía esperarse de otra forma- es meridianamente simpática: «...en los últimos años, el suelo ha estado mucho tranquilo, y las personas que han observado esto lo atribuyen a la apertura de las minas».

Tras su decepcionante incursión serrana, David Thomas retorna sobre sus pasos, dirigiéndose al camino que por entonces se había comenzado a realizar. Una calzada que comunicaba Almería con Granada -la vía de Guadix por Gérgal- y que califica de «tolerable», aunque poco utilizada, habida cuenta que había fracasado el sistema de diligencias.

### 1.6. El fin del trayecto: Almería

El encuentro del británico con Almería se realiza con una acertada visión. Le llama la atención la alcazaba y su montaña de «belleza singular». La ciudad está animada, sobre todo por la importancia derivada del volumen de comercio que generaba el tráfico marítimo. Las obras de realización del puerto

se habían iniciado en 1847 y estaba en el cenit de su primera fase constructiva<sup>18</sup>. La salida de mineral era constante, así como la entrada de productos, mostrando la sensación de una actividad que permitía, de igual modo, la presencia de ciertos capitales<sup>19</sup>. Los gustos de la activa burguesía almeriense pronto se harían notar en la urbe que, poco a poco, cambiaba su trama urbana conforme a los gustos decimonónicos, algo que debió encontrar este inglés en plena efervescencia<sup>20</sup>. Y es que la trama urbana de la ciudad estaba en pleno desarrollo algo que, unido al ajetreo en una pequeña capital provincial y al volumen comercial portuario, debía ser una visión meritoria de una coqueta ciudad mediterránea.



Vista de Almería con su característica montaña al fondo, formación geológica que tanta simpatía despertó en Ansted. Fotografía de la ciudad a principios del siglo XX.

Frente a la encantadora urbe litoral, Ansted abomina del alojamiento. La frase final que dedica a la descripción de su hospedaje no deja lugar a dudas: «...las paredes, la mesa, el suelo y el lava-

<sup>17</sup> La provincia de Almería, por su configuración y situación geográfica, tiene un amplio bagaje en sismografía histórica. Los análisis, referencias y desarrollo de las mismas, son amplios y variados, remitiéndonos a dos obras: M. Espinar Moreno: «los estudios de simicidad histórica en Andalucía: los terremotos históricos de la provincia de Almería», en A.M. Posadas Chincilla y F. Vidal Sánchez (eds.), *El estudio de los terremotos en Almería*, Almería, 1994, pp. 115-180 y B. Vincent, «Los terremotos en la provincia de Almería (siglos XV-XIX)», B. Vincent, *Andalucía en la Edad Moderna: Economía y Sociedad*, Granada, 1985, pp. 13-38.

<sup>18</sup> A. García Lorca, *El puerto de Almería*, Almería, 1990, p. 94.

<sup>19</sup> Para una valoración interesante del tráfico exportador e importador del puerto almeriense, quince años antes de la visita de Ansted, en M.C. Fernández Albéndiz, «El comercio y la navegación del puerto de Almería en 1841. Informe del vice-cónsul francés», *Farua*, 3 (2000), pp. 173-189.

<sup>20</sup> Desde 1840 entró en vigor una nueva reglamentación municipal que obligaba a los vecinos a presentar proyectos de construcción de sus viviendas, pudiéndose decir que durante el reinado de Isabel II se configuró gran parte de la trama urbana burguesa de la ciudad. Vid. E. Villanueva Muñoz, *Urbanismo y arquitectura en la Almería Moderna (1780-1936)*, Almería, 1983, t. II, pp. 291 y ss.



bo estaban tan sucios, que uno podría fácilmente haber arrancado suficiente cantidad de material para estiércol, y las camas estaban mucho mejor adaptadas para la satisfacción de las pulgas que para el reposo de bípedos». Aunque indignado por tanta desidia ante tamaña riqueza del territorio, este culto inglés culmina su relato con una valoración final muy ponderada en la que reconoce las excelencias del territorio. Como muy bien resumió: «...En la comarca se pueden encontrar productos de África, Asia y América tropical, floreciendo al lado de productos de la Europa templada. [...] se puede decir, usando las palabras de un poeta árabe que, por voluntad de la naturaleza, es «una tierra, donde si andas, las piedras son perlas, el polvo oro, y los jardines el paraíso».

#### 7. A MODO DE CONCLUSIÓN: LAS TIERRAS ALPUJARREÑAS VISTAS POR UN INGLÉS

Las impresiones finales que, a modo de conclusión, pueden extraerse del texto de Ansted son diversas, si bien nos parece interesante recordar los siguientes: los valores geomorfológicos que expresa; su análisis de la climatología, botánica y agricultura, aunque no menos lo son sus observaciones etnográficas, especialmente relevantes en su óptica sobre el urbanismo y, sobre todo, la astronomía.

Los aspectos geomorfológicos son uno de los elementos que -dada su formación- salen constantemente a relucir, ya que la enorme presencia mineral en estas serranías meridionales fueron la causa de su venida. Como él mismo reconoce «...hay pocos lugares en Europa donde la tierra se ha perforado con más perseverancia». Hombre agudo y sensible, no escapa a reconocer algo más que un valor mineralógico a estos espacios, de modo que, con una amplia perspicacia analiza otros elementos de la geografía física. Las elevadas alturas de estas montañas y la constitución de esos peculiares cursos fluviales, tal cual son las *ramblas*, sobre cuyos lechos se abría la impracticable montaña como la mejor de las vías, son un elemento de enorme atención. No podemos sustraernos a traer un párrafo en el que habla de las mismas en estos

términos: «...pronto nos adentramos por una rambla, a lo largo de la cual se extendía la mayor parte de nuestro camino. Las ramblas son tan comunes en las provincias meridionales de España, y sin embargo se encuentran exclusivamente en la Península, que nadie que no haya estado en el país puede ser plenamente consciente de su naturaleza y condiciones y, aún así, sin tener idea de sus peculiaridades, esta forma de viajar no puede comprenderse en absoluto. Procuraré dar una descripción completa y correcta de los rasgos más característicos de estos curiosos fenómenos de geografía física, y como he viajado por muchas de ellas, las he visto de muchas formas y estructuras, mi descripción será lo más genérica posible. La palabra proviene del árabe *Rainl*, que significa un montón de arena o grava».

Otro de los grandes temas que resaltan en la lectura de Ansted es la climatología, el verdadero complemento a tan curiosa orografía y, como no podía faltar en su exhaustivo análisis del paisaje, no duda en hacer sus comentarios a la vegetación. Perfectamente adaptadas al medio, no resiste a describir tres plantas genuinas, la chumbera, la pita y el esparto, tan sintomáticas de nuestra tierra. De la primera, dice que «...crece más exuberante que nada, y en la época de mi visita (finales de agosto), las chumberas estaban cubiertas de millones de su grotesco, pero no muy agradable, fruto». En cuanto a la segunda, dice de ésta que «...también florece libremente, y numerosos tallos, de veinte o treinta pies de altura, pueden verse en el paisaje, como postes telegráficos abandonados, mientras que la flor, de aspecto deslucido y deteriorado, cuando se presenta, apenas añade a su belleza». Por último, del esparto refiere que es «...una hierba muy útil del país, con la que se fabrican cuerdas, cestas, esterros, zapatos, y una serie de artículos útiles pero no indispensables». El amplio conocimiento sobre el aprovechamiento de esta planta textil no cabe duda que respondía al certero conocimiento de la misma, habida cuenta que su estancia en Almería le permitió conocer en detalle el enorme boom económico que despertaba, especialmente su exportación por su puerto<sup>21</sup>.

La climatología, a su modo de ver, es de una benignidad exultante, haciendo del territorio un medio idóneo para el asentamiento. No obstante, su cultu-

<sup>21</sup> Entre los puntos de destino más importantes del esparto (sobre todo como base para pasta de papel) era Inglaterra. Sobre toda esta actividad, vid. D. Gómez Díaz, *El esparto en la economía almeriense. Industria doméstica y comercio: 1750-1863*, Almería, 1985.

ra choca al ver cómo tanta magnificencia con la que la naturaleza ha dotado estas tierras se pierde por la sociedad que lo puebla. David Thomas, en un momento dado no puede dejar de exclamar: «...por desgracia así es España con demasiada frecuencia. La naturaleza ha hecho todo lo que está en su mano, y ha proporcionado todo lujo de climas y fertilidad en estas tierras. Sin embargo, sus habitantes son totalmente indiferentes a todo; dejan estos magníficos regalos a su albedrío; las frutas pueden madurar o pudrirse a discreción, y la limpieza, comodidad o incluso las necesidades básicas de la existencia se desprecian por completo».

El choque cultural es, sin duda, el elemento más interesante de todo el texto, en tanto y en cuanto permite no sólo observar los elementos llamativos de la cultura autóctona sino tener descripciones interesantes de la misma. La gastronomía, cómo no, resultan de lo más exótico para nuestro sufrido viajero inglés que observa atónito sabores y paladares demasiado chocantes. En pleno verano, con un riguroso mes de agosto, es obvio que una de las primeras medidas que adoptó el posadero de Órgiva fue ofrecer un gazpacho a un sediento viajero. Hoy, al igual que antes, en boca de Ansted la refrescante bebida resultó lo más conveniente: «...lo propio en este caso es el gazpacho, que consiste en cortar en trozos pequeños todas las verduras que puedes conseguir, ponerlos en un recipiente con pan y una cantidad suficiente de agua fría para que todo el revoltijo flote. Se añaden un poco de vinagre y mucho aceite, y mezclándolo todo bien, el banquete está preparado. Una comida así difícilmente puede ser la idea de un inglés de una cena tras un recorrido de doce horas, pero deben tomarse las cosas en España tal y como vengan, y agradecer el poder encontrar algo». En este análisis sobre los valores culinarios, es imprescindible hacer mención a los elementos propios de dieta me-

diterránea, algo que choca poderosamente con la cultura anglosajona. Dice: «...la carne en los pueblos es algo casi desconocido durante el verano; las aves no superan el tamaño de las perdices, y no son más que huesos; y la salchicha, que solamente se consigue en las poblaciones más grandes, es más dura que algunos tipos de madera, y llevan más ajo que otra cosa. El vino suele ser muy malo, pero el pan es blanco, duro, y de sabor excelente, aunque algo indigesto». En fin, un simpático viajero admirado por un paisaje único y castigado por su fustigadora caminería y una gastronomía no menos terrible.

No sería la última vez que Ansted visitaría España y Berja, sino que repetiría la experiencia -al menos que conozcamos- una segunda vez. De vuelta a Londres debió redactar su estudio geológico sobre la conveniencia de que las empresas británicas invirtiesen en sierra de Gádor, un material que le serviría -añadiéndole otros elementos- para publicar en 1854 su libro. Fruto de su informe técnico diferentes empresarios británicos mostraron interés por los negocios mineros en la sierra almeriense. Así, el 6 de febrero de 1855 el cónsul británico con residencia en Berja, Frederick Burr, constituía una empresa minera bajo el nombre de *Compañía Minera de la Sierra de Gádor* y en la que participaban los londinenses James Ashell, Samuel Lanig y George Wythes, así como Wilherm McKenzie Shaw y Wyndhan J. Anstruther, ambos con residencia en París. Esta compañía sería revisada en sus cuentas por el propio David Thomas Ansted en abril de 1856, en cuya fecha viajó de nuevo a Berja, plasmando su visto bueno contable el día 26, junto a la rúbrica del cónsul Burr, fecha en la que vemos a estos británicos de nuevo villa alpujarreña<sup>22</sup>. Tras esta estancia en Berja, volvería a Londres, ciudad desde donde dirigió la inspección general de esta empresa<sup>23</sup>.

## APÉNDICE

Capítulo quinto (pp. 145-164)

### EL VALLE DE LAS ALPUJARRAS

La magnífica Sierra Nevada se erige como el límite meridional de las célebres y ricas llanuras (vegas) de Granada, y se extiende con esporádicos valles anchos y profundos, bajo distintas denominaciones hacia al este hasta alcanzar la costa cerca de Cartagena, y lejos hacia al oeste. La franja situada entre Sierra Nevada y el Mediterráneo, con una longitud de sesenta millas, y con un ancho que oscila entre las treinta

<sup>22</sup> V. Sánchez Ramos, «Ingleses en la Berja decimonónica», *Farua*, 3 (2000), p. 193.

<sup>23</sup> «Sociedad inglesa de minas en Sierra de Gádor», *Revista Minera*, VII (1856), pp. 555-557.

y cuarenta millas, ha sido conocida desde hace algunos siglos como «Alpujarras», o tierras de pasto, y posee un considerable interés por ser el último refugio de los moros<sup>24</sup> en Europa, cuando, tras la conquista de Granada, se les permitió conservar un asentamiento, del que se les expulsó, hacia principios del siglo XVII, tras la vergonzosa violación de los tratados firmados con ellos. Fueron desalojados por Felipe III de un bastión tras otro, tratándoseles más como bestias salvajes que como los restos de un pueblo elegante y hábil, con el que Europa está en deuda por el germen de su noble arquitectura, y por algunos edificios que nunca han sido superados en riqueza de decoración, ingenio y gusto. Como es de suponer, estos parajes ofrecen muchos restos curiosos e interesantes de sus antiguos pobladores y, aislado como está del resto de España, presenta asimismo muchas peculiaridades de historia natural y geología que la hacen merecedora de atención e investigación detallada. Sin embargo, sus aspectos más interesantes solamente pueden alcanzarse a caballo, y solamente desde dos o tres accesos; aunque se construyó un camino para carretas desde el centro de la región hasta Almería, hacia finales del siglo pasado, y podría repararse con facilidad, se encuentra en la actualidad impracticable, y no hay planes de mejora, por lo que todas las comunicaciones entre los numerosos pueblos del valle principal y la costa se realizan con mulas, /146/ burros y caballos, en parte por este camino y en parte por las vaguadas. La parte central de la zona no cuenta con acceso regular alguno, dado que el camino del este en principio solamente llegaba a algunas de las minas de plomo explotadas anteriormente por la Corona, y nunca se comunicó con el valle transversal que se orienta hacia el oeste, a través del cual tienen que pasar necesariamente los otros caminos. El aislamiento es, por tanto, casi perfecto, y a excepción de las minas de la Sierra de Gádor, importantes y prósperas, nadie se plantea adentrarse por el valle principal entre Sierra Nevada y las sierras paralelas.

Pero he de describir con más detalle las peculiaridades geográficas de la región. Sierra Nevada es una impresionante muralla de roca, principalmente de micaesquistos, alcanzando sus dos cumbres más de 12.000 pies por encima del nivel del mar, y manteniendo por muchos kilómetros su característica de barrera imponente, continua e infranqueable, especialmente en sus vertientes, aunque todavía más la sur, y flanqueada por dos valles extremadamente profundos y abruptos, uno a pocas millas al oeste de la ciudad de Granada, y otro al este de Guadix, siendo la distancia media, como ya se ha dicho, unas sesenta millas. No hay paisaje montañoso más espectacular o majestuoso que el de esta sierra, visto desde la vega granadina o desde los altos de la Sierra de Gádor. Es un sistema montañoso, único y sin solución de continuidad, cuyas cumbres principales son solamente distinguibles por encima del nivel general, y a veces cubiertas de nieve incluso en el mes de agosto, pero el blanco domina la sierra la mayor parte del año. Abajo, en la vertiente norte, están las maravillosas llanuras de Granada, ricas en aceitunas, uvas, higos, granadas, maíz y naranjas; más al norte se alza otra sierra menos espectacular, que son los aledaños de la inmensa meseta del terciario que caracteriza a España. La pintoresca ciudad de Granada, coronada con la Alhambra y el Generalife, puede verse, junto a numerosos pueblos de la parte superior de la llanura, cerca de la unión de las aguas del Darro y del Genil, que son accesibles para el regadío a gran escala. Los nacimientos de estos ríos (que finalmente desembocan en el Guadalquivir, entre Córdoba y Sevilla) están en Sierra Nevada y sus aledaños septentrionales, no lejos del pico de Muley-Hassan<sup>25</sup>, /147/ el más alto de España<sup>26</sup>. Como casi todos los ríos de España, oscilan mucho en la cantidad de agua que transportan, pero, a diferencia de muchos, por lo general aportan suficiente agua para fines agrícolas; y toda la riqueza de la llanura se debe a los esfuerzos de los moros la irrigación de las vegas y las laderas, y su uso ingenioso de estos ríos.

La Sierra Nevada está profundamente cortada por dos desfiladeros: el del Guadalfeo al oeste, y el del Río de Almería<sup>27</sup> al este, que aunque la cordillera continúa a ambos lados, el nombre cambia y se pierde la conexión. Estos desfiladeros están ocupados arenas y detrito del terciario hasta un punto asombroso para geólogos, acostumbrados a encontrar depósitos análogos de la misma edad solamente en el Norte de Europa.

<sup>24</sup> El autor utiliza el término «Moor». De momento lo traduzco por moro. Debe tenerse en cuenta que en inglés ya existe el término «muslim» para referirse a musulmán.

<sup>25</sup> Guardo el nombre utilizado por el autor para el Mulhacén.

<sup>26</sup> The peak of Muley-Hassan is estimated at 12,762 feet, and there are six other peaks above 10,000 feet, all immediately adjacent, and within the range of the Sierra Nevada, in the most limited sense in which the name can be given. (Traducción: el pico del Mulhacén tiene una altitud estimada de 12.762 pies, y hay otros seis picos por encima de los 10.000 pies, todos ellos adyacentes, y dentro de Sierra Nevada, en el sentido más limitado que puede dársele a la denominación de Sierra Nevada).

<sup>27</sup> Río di Almeria según el autor.

Los desfiladeros propiamente dichos, por los que ahora transcurre muy poco agua excepto en forma de torrentes, y que están completamente secos la mayor parte del año, y que forman los únicos caminos del paisaje, tienen cortes por la acción del agua de una profundidad de cientos e incluso de miles de pies. Es tan seco el ambiente de esta parte de Europa, que estos cortes naturales, en vez de quedar rápidamente rellenados por materiales de las laderas, quedan permanentemente vertical, o casi, aunque el material no es otra cosa que gravilla ligeramente cohesionada. Los caminos que los cruzan o transcurren por ellos, quedan asimismo con paredes lisas casi verticales en cada lado, a menudo con una altura de 300 ó 400 pies, prueba a la vez de la blandura del material y de la ausencia de acción atmosférica alguna.

La parte principal de Sierra Nevada y sus picos más altos se encuentran al Este de la ciudad de Granada, así que la ruta de Granada a las Alpujarras se dirige inmediatamente hacia el Sur, y coincide con un camino ya empezado, pero sin finalizar a la población costera de Motril, donde una franja de tierra casi tropical admite el cultivo de la caña de azúcar, arroz y otros productos agrícolas imposibles de ver en cualquier otra parte de Europa. Tras seguir este camino durante algunas millas, nos desviamos a la izquierda y entramos en las Alpujarras.

*/148/Aunque no estén representados en los mapas que he visto, existen dos sierras bien diferenciadas entre Sierra Nevada y el mar. La parte central de una de ellas se denomina localmente la Sierra de Gádor, con altitudes máximas superiores a los 7000 pies sobre el nivel del mar. La parte occidental es la Sierra de Lújar, y la parte oriental la Sierra de Alhambilla; mientras que la sierra meridional paralela a la costa, sin denominación, consiste en una serie de montes, con una altitud comprendida entre los 2000 y 4000 pies, y por tanto ligeramente inferiores a los montes más altos de las Islas Británicas, aunque muy inferiores a las sierras recién nombradas. Entre estas sierras hay en la comarca dos valles principales que discurren de Este a Oeste, con algunos valles transversales orientados hacia el Norte o Sur, así como una franja de tierras bajas, que generalmente se extienden desde los pies de los montes más meridionales y la costa. Los valles entre Sierra Nevada y las sierras inmediatamente situadas al Sur son los más largos, anchos y más importantes, y se considera que son los que forman la comarca de Las Alpujarras por aquellos que no están familiarizados con el terreno. Estos valles son dos, separados por una clara divisoria, formando conjuntamente una meseta relativamente alta de roca detrítica terciaria, con una altitud de 2000 pies por encima del nivel del mar, cortado a intervalos por gargantas o barrancas<sup>28</sup>, sobre todo en el lado septentrional o, lo que es lo mismo, en el lado de las cumbres elevadas y nevadas de Sierra Nevada, un perfecto caos de colinas, enteramente producidas por las acción erosiva del agua, probablemente iniciada cuando se produjo la elevación de esta extensión por encima del mar, pero continuada desde entonces, o intensificada, por los torrentes que bajan de los barrancos de la Sierra en épocas de lluvia, y durante el rápido deshielo a principios del verano. De una punta de este valle o meseta a la otra, estos resultados se producen con todo tipo de variedades de circunstancia, y en todo grado de magnitud posible.*

(...)

Debido a alguna razón que no discutiré aquí, la caliza de la masa central y principal, e incluso de otras, contiene una considerable cantidad de mineral metálico, sobre todo plomo, pero también cobre y plata; la explotación de las minas, especialmente en la Sierra de Gádor y sus alrededores, ha sido durante mucho tiempo una importante ocupación industrial para sus habitantes. No obstante, esto es poco conocido por los que no son lugareños, y todavía retiene las peculiaridades más destacables heredadas de los Moros.

Al salir de Granada, y tras pasar por las profundas gargantas del terciario en el curso superior del Guadalfeo, ya he mencionado anteriormente que giramos al Este y entramos por la parte occidental del valle principal de las Alpujarras. La distancia hasta este cruce desde Granada es de unas quince millas, y nos encontramos entre la parte occidental de Sierra Nevada y de Sierra de Lujar, */152/* con altitudes de unos 5000 pies, aunque no se han tomado mediciones precisas. El valle se encuentra a gran altitud, el terreno es abrupto, los pueblos divididos, el agua es escasa y los cultivos, aunque no dejan de ser importantes, no llegan en absoluto a la importancia de muchas otras partes de la comarca. Ahora mismo nos encontramos en las afueras del distrito, y las peculiaridades apenas se dejan entrever.

<sup>28</sup> Utiliza literalmente la palabra barranca. Evidentemente, será un error del autor, con el término correcto de barranco. De hecho, el término que utiliza el autor como sinónimo es «gorge», que se traduce por garganta.

La primera población de las Alpujarras es Lanjarón. Hay un camino, recorrido por algo parecido a una diligencia, que se acerca a una dos millas de Lanjarón, y bruscamente termina su recorrido allí, dado que el resto del camino es demasiado estrecho y escarpado excepto para hombres y cuadrúpedos. A pesar de esta pequeña dificultad, esta población es frecuentada durante algunos de los meses estivales por gente de Granada y otras partes, debido a sus aguas. Esta agua tienen un fuerte sabor a ácido sulfúrico, son frías y muy claras. A mi juicio, tienen su origen en la descomposición de un esquisto con alto contenido en pirita, abundantes en las rocas terciarias de la zona, y a través del cual surge el manantial. De manantiales no demasiado alejados brota agua dulce y pura. El contacto de las arenas terciarias, conglomerados y margas con los viejos esquistos de Sierra Nevada no está demasiado lejos, y es sin duda la causa de que el agua se retenga y brote. Los manantiales de agua son, no obstante, una rareza en esta seca España, y se valoran en consecuencia.

*La pequeña población de Lanjarón es hermosa y, al estar encalada, tiene un aspecto tolerablemente limpio. Todas las casas son del tipo moro, con sus patios abiertos en medio, una ausencia total de ventanas al exterior, paredes bajas, tejados planos y, en ocasiones, bonitas torres que imitan a minaretes. En los jardines se puede ver abundancia de olivos, higueras, granados y otros árboles frutales, y como cada casa está relativamente aislada, el total de superficie cubierta no es desdeñable. Las calles son estrechas, desiguales, empedradas y desagradables. Hay un castillo moro en una colina aislada a una altura inferior a la de la población.*

Desde Lanjarón hay cuatro millas de camino de montaña hasta Orjiba<sup>29</sup>, otra población mora del mismo tipo, y capital de una de las pequeñas divisiones de la comarca, y en este lugar, a unos treinta o treinta y cinco millas de Granada, di por terminada una jornada de viaje muy interesante. Como es normal en estos lugares remotos, la posada no proporciona nada de comida, y el viajero /153/ depende de lo que pueda llevar en sus alforjas. Dispones de cuatro paredes encaladas, con dos agujeros, uno haciendo funciones de puerta y el otro de ventana, tres o cuatro sillas muy rudimentarias, con asientos hechos de *esparto* (una hierba muy útil del país, con la que se fabrican cuerdas, cestas, esteras, zapatos, y una serie de artículos útiles pero no indispensables), y una mesa igualmente rústica, que si se apoya cuidadosamente contra la pared, permite colocar encima platos y fuentes sin mucho peligro. A éstos se añade, en caso necesario, un marco ligero y móvil como un taburete, en el que se coloca un colchón de esparto, dos sábanas y una almohada. En el pueblo se puede comprar pan, generalmente de buena calidad, así como ajo y otras hortalizas, como pimientos<sup>30</sup>, tomates, pepinos, y otros. En ocasiones, pero no siempre, se pueden obtener huevos, mal vino, aceite y vinagre, y con todo esto puede prepararse una comida. Lo propio en este caso es el *gazpacho*, que consiste en cortar en trozos pequeños todas las verduras que puedes conseguir, ponerlos en un recipiente con pan y una cantidad suficiente de agua fría para que todo el revoltijo flote. Se añaden un poco de vinagre y mucho aceite, y mezclándolo todo bien, el banquete está preparado. Una comida así difícilmente puede ser la idea de un inglés de una cena tras un recorrido de doce horas, pero deben tomarse las cosas en España tal y como vengan, y agradecer el poder encontrar algo. La carne en los pueblos es algo casi desconocido durante el verano; las aves no superan el tamaño de las perdices, y no son más que huesos; y salchicha<sup>31</sup>, que solamente se consigue en las poblaciones más grandes, es más dura que algunos tipos de madera, y llevan más ajo que otra cosa. El vino suele ser muy malo, pero el pan es blanco, duro, y de sabor excelente, aunque algo indigesto.

Al amanecer del día siguiente, mi acompañante y yo dejamos Orjiba, y pronto nos adentramos por una rambla, a lo largo de la cual se extendía la mayor parte de nuestro camino. Las ramblas son tan comunes en las provincias meridionales de España, y sin embargo se encuentran exclusivamente en la Península, que nadie que no haya estado en el país puede ser plenamente consciente de su naturaleza y condiciones y, aún así, sin tener idea de sus peculiaridades, esta forma de viajar no puede comprenderse en absoluto. Procuraré dar una descripción completa y correcta de los rasgos más característicos de estos curiosos fenómenos de geografía física, y como he viajado /154/ por muchas de ellas, las he visto de muchas formas y estructuras, mi descripción será lo más genérica posible. La palabra proviene del árabe *Rainl*, que significa un montón de arena o grava.

<sup>29</sup> Retengo la denominación original del texto.

<sup>30</sup> Pimiento es el término utilizado por el autor en inglés.

<sup>31</sup> Evidentemente se refiere a algún tipo de embutido, pero no da más información.

(...)

Así seguimos durante millas de camino natural, solitario, yermo a menudo encajonados por roca viva de muchos cientos de pies de altura y muy escarpada, pero siempre recordándonos que llegará el día del juicio final, y que los grandes bloques de caliza y esquisto a nuestros pies no son depósitos permanentes. Son, de hechos, simples juguetes, movidos y transportados al mar con poco aviso previo, y en cuanto las lluvias desciendan una vez más, y los poderosos torrentes que bajan de la escarpada Sierra se unan y aren un canal nuevo a través de los montones acumulados en procesos anteriores. El camino, si así puede llamarse, sigue por estos senderos por un sinfín de valles, hasta que por fin llega al importante valle transversal de Adra. Desde aquí diverge pronto, cruzando otra cresta de cierta altura, con una excelente vista de la Sierra de Gádor, y desciende a otra parte del mismo valle cerca de la rica y próspera población de Berja, el centro del distrito minero de la Sierra de Gádor.

Berja no está situada en el valle entre Sierra Nevada y las sierras calizas inmediatamente al sur, sino entre estas últimas y la cadena costera, o más bien en el hueco cerca de las mismas, y entre la Sierra de Gádor y la de Lújar. Se ha enriquecido notablemente por el éxito de la actividad minera en la Sierra de Gádor, y se encuentran algunas casas modernas de impecable construcción. El lugar es realmente moderno; dado que la vieja población fue destruida casi por completo por un terremoto de principios de este siglo, quedan pocas características musulmanas, que no sea el estilo general de los edificios, claramente adaptado de los antiguos habitantes.

**/157/**Las costumbres de estas gentes son asimismo asiáticas, aunque los gustos de los moros claramente no están presentes en la iglesia y el ayuntamiento, ni en los edificios públicos que adornan la plaza del mercado.

Desde Berja se puede ver bien Sierra Nevada en el hueco formado por las Sierras de Gádor y de Lújar, y la población está prácticamente rodeada por tierras más altas. Teniendo un suministro razonablemente bueno de agua, la vegetación y el paisaje son muy interesantes. Desde una ventana de mi apartamento, veía un jardín con naranjos, limoneros, granados, higueras y palmeras, así como distantes parches blancos de nieve en las montañas; desde la otra ventana podía ver la Sierra de Gádor con sus incontables minas, indicando una población grande pero oculta; mientras mi descanso tanto diurno como nocturno quedaba interrumpido por el incesante ruido de los cascotes de las mulas y burros que bajaban el mineral para transportarlo a la costa, o ligeramente cargados con las vituallas que necesitan los mineros quienes, no obstante, reciben toda su comida, vino, etc., e incluso el agua, transportado así en largas distancias de muchas millas.

Un camino, por así llamarlo, en la Rambla siempre cambiante, constituye durante la mayor parte del camino la única forma de comunicación con la costa en Adra, donde el mineral de plomo se funde, y desde donde se exporta principalmente a Marsella y a los Estados Unidos. El clima de aquí se parece al de los trópicos, y permite el cultivo con éxito de la caña de azúcar, así como el del arroz, en las llanuras más bajas donde el riego es posible. De hecho, las cañas normales de esta parte de España ya son destacables por su enorme crecimiento, y en algunos lugares alcanzan alturas superiores a los veinte o treinta pies, formando algo así como un bosque a ambos lados del lecho de grava del valle. La caña de azúcar no crece tan alta. También observé la presencia de algunos plataneros que crecían lozanos, aunque se me informó de que los frutos de este árbol típicamente tropical rara vez madura a la perfección. El cactus (chumbera) crece más exuberante que nada, y en la época de mi visita (finales de agosto), las chumberas estaban cubiertas de millones de su grotesco, pero no muy agradable, fruto. La pita también florece libremente, y numerosos tallos, de veinte o treinta pies de altura, pueden verse en el paisaje, como postes telegráficos abandonados, mientras que la flor, de aspecto deslucido y deteriorado, cuando se presenta, apenas añade a su belleza.

**/158/**Adra en sí es una población animada y agradable en otoño, cuando mucha gente del interior viene a disfrutar de los baños de mar. Las comodidades no podían ser más primitivas. Una minúscula (y única) caseta como un *wigwam*<sup>32</sup> indio, cubierto someramente con hierba seca y juncos, sirve de vestuario, pero se encuentra a cierta distancia del agua. Cuando está preparada para el baño, la señora que se ha arreglado (los caballeros desdeñan estos pequeños lujos) se acerca al mar lo mejor que puede, y ahí disfruta del placer

<sup>32</sup> Así viene en el original, y en el diccionario. Debe tratarse de algún tipo de tienda de campaña.

del baño, mientras ve pasar a los paseantes a escasas yardas de ella. Cuando desea retirarse, una muchacha, que parece hacer las veces de lavandera y de pescadera también, baja con una tela grande y algo parecido a un albornoz, y recibe a la señora a su salida del agua, rodeando a ambas con la tela. En este tipo de tienda improvisada formada por la asistenta y la tela, la señora se pone el albornoz lo mejor que pone, y sigilosamente camina las doscientas o trescientas yardas hacia la caseta, donde se viste con tanta prisa como puede, para dejar su lugar a otra.

Aunque se trata de una vieja población, fundada por los fenicios, y dotada de una torre pintoresca, presuntamente romana, y los restos de un magnífico castillo musulmán, Adra debe toda su importancia a las fundiciones de plomo, que se convierten en destino del mineral de plomo no sólo de las sierras más cercanas, sino también de varios lugares a lo largo de la costa, incluyendo Cartagena. Se produce un considerable tráfico marítimo, dado que las fundiciones necesitan combustible, que es importado principalmente de Inglaterra, y el plomo, que una vez producido, debe ser exportado. La principal fundición también produce planchas de plomo, tuberías de plomo, perdigones, minio, plomo blanco e incluso pigmentos, y fue establecida originalmente por el anterior cónsul, el Sr. Kirkpatrick, pero ahora se encuentra fundamentalmente en manos españolas. El plomo es separado de la plata por el proceso de Pattinson, y la maquinaria y la organización estaban implantados cuando comenzó su actividad por primera vez.

El terreno comprendido entre Berja y la costa consiste fundamentalmente de roca pizarra y esquistos, y por lo que pude saber, no se habían encontrado fósiles. La edad geológica de las rocas más viejas de esta parte de la Península debe considerarse muy dudosas todavía; los hechos principales /159/ a observar y recordar son más de estructura que de edad. No se han encontrado todavía minerales de valor en esta sierra meridional, que es posiblemente del mismo tipo de roca que Sierra Nevada, que se levantó con posterioridad, y que elevó las pizarras y calizas con una orientación ligeramente septentrional.

De Adra a Berja discurre un camino regular, y casi único en la actualidad que llega al distrito minero de la Sierra de Gádor, y seguí esta ruta en más de una ocasión, primero simplemente a la cumbre de la montaña, y después pasé la cumbre para pasar a la parte oriental de las Alpujarras.

(...)

La subida a la parte superior, o distrito minero, desde el valle relativamente elevado de Berja, es extremadamente empinada, cortada en una estrecha garganta en forma de tortuoso sendero, por el que un caballo o mula tarda al menos tres horas en subir. Las vistas del paisaje más inmediato y más lejano, al subir a la Sierra, son maravillosas, y se extienden por toda la cresta metamórfica hasta los valles de más allá, y hacia las aguas azul oscuro del Mediterráneo. Las montañas en sí, e incluso las *barrancas*<sup>33</sup>, son frías, sombrías, yermas y desoladas. *Tras un dificultoso camino de un par de horas, se encuentran montones de arena y grava de aluvión, marcando la cercanía de la zona minera, y constituye una curiosa prueba de la abundancia de mineral, dado que estos montones están producidos por el trabajo de pobres mineros, que ganan un escaso salario cavando y cribando la grava aluvial buscando fragmentos de mineral de plomo. Esta actividad recuerda al cribado de otras partes, habitual en el caso de mineral de oro y estaño, donde hay agua a mano; pero es peculiar encontrarlo en uso aquí, donde no hay ni una gota de agua disponible ni para beber que no sea /160/ la acarreada a varias millas a lomos de una mula tras un largo y empinado ascenso. Es evidente que en algún momento se extrajo una gran cantidad de mineral de la roca madre, o de otra forma este sistema no sería rentable en modo alguno; se dice que proporciona un beneficio real aunque pequeño, y está permitido por el gobierno sin reservas de derecho o concesión legal o formal.*

Siguiendo por el camino de mulas, pronto llegamos a una de las partes más dignas de mención de este distrito, donde el suelo literalmente se vuelve del revés gracias a miles de topes humanos, que han escarbado, generalmente con bastante éxito, pero que desafortunadamente no han dejado tras sí ninguna otra señal de la naturaleza de su trabajo que el montón de tierra. No obstante, el color de la tierra, especialmente donde aún se trabaja, delata de inmediato el éxito o el fracaso del empeño. El mineral se encuentra asociado con una sustancia arenosa blanca, y basta con cribar para separarla. Por tanto, donde el montón es blanco y polvoriento, se está obteniendo mineral. Si es azul o marrón, el resultado está siendo de momento negativo. Cualquier soplo de aire levanta nubes de polvo blanco en lo alto y en las laderas de la Sierra, constituyendo buena prueba para el ojo instruido del éxito general de los trabajos subterráneos.

<sup>33</sup> Mantengo la denominación original del autor.





*Sierra de Gádor no está coronada por un pico, sino por una meseta, a veces rota o socavada, mostrando en líneas generales las características principales de un altiplano. Aunque la lluvia cae en ocasiones, el agua desaparece pronto, y la superficie permanece con su aspecto usual, seca, agostada, yerma y desolada. No hay ningún árbol, apenas alguna brizna de hierba; unas pocas ventas de aspecto miserable, y las casas, o más bien cabañas de las más pequeñas (cortijos), cerca de retumbas, para refugio y protección, son las únicas cosas que rompen la lóbrega monotonía de los montículos polvorientos a los que ya se ha hecho referencia. Aunque razonablemente familiarizado con zonas mineras, no conozco ninguna otra zona con el aspecto característico la de esta Sierra del Sur de España.*

Bajando por una depresión en la superficie caliza, y pasando por otras minas que sólo estuvieron abiertas brevemente, pasé a descender por la vertiente septentrional de la Sierra, y llegué al valle principal de las Alpujarras en su lado oriental. Durante /161/ una de mis visitas toda la montaña quedó envuelta en nubes, que se convirtieron en lluvia solamente en la parte baja, pero que ocultaban efectivamente todo lo que estuviera a una distancia superior a unas cuantas yardas. En otra ocasión, vi bastante de esta magnífica sierra y valle para poder juzgar ese efecto. El descenso por el lado septentrional es tremendamente empinado, y el escenario es extremadamente espectacular, pudiendo observar una mezcla de esquistos erosionados y rotos, calizas fracturadas por el tiempo y arenas y arcillas terciarias profundamente desgastadas; estos materiales se presentan en gran variedad y belleza tanto de formas como de colores. Continuando el descenso, llegamos por fin al valle, donde se pasan varias aldeas y pueblos musulmanes uno tras otro, en primer y segundo plano del paisaje. Estas poblaciones se sitúan a los pies, o casi, de la gran cadena nevada, pero muy por debajo del nivel que alcanzan las nieves incluso en invierno, y estando en su mayoría retiradas a cierta distancia del único camino del valle, apenas son visitadas por forasteros. El hermoso paisaje es boscoso, y he visto algunos de los más hermosos y antiguos olivos de la zona. Las tierras son altas pero resguardadas, y la vegetación comparte las características encontradas en los valles del Sur de España retirados de la costa. El maíz crece en abundancia. Se encuentran naranjos y limoneros, pero no con mucha frecuencia; los higos, granadas y peras son las frutas más importantes, y los olivos y las viñas proporcionan el aceite y vino tan necesarios en este país. Los melones son, como es norma en España, abundantes hasta el infinito, y en su mayor parte de gran tamaño y excelente calidad.

Paré de noche en la aldea de El Fondón, cerca de algunas minas de plomo del mismo nombre, y próspera por la vecindad de estas minas. Desde este lugar hay varias millas de camino bien trazado, y en su día bien construido, que se dirige a Almería. No obstante, el camino, construido por el gobierno cuando todas las minas eran propiedad de la Corona, se ha descuidado completamente durante casi medio siglo, y en algunos lugares está tan deteriorado, que es casi intransitable incluso para los vehículos más resistentes. Lleva a la rambla del Río de Almería, y pasa una serie de inmensas gargantas calizas por el lado de la Sierra de Gádor, bordeándola durante todo el camino, y descubriendo /162/ la estructura geológica en varios puntos. El centro del valle está ocupado por depósitos terciarios y detritus aluvial hasta alcanzar gran grosor, y está atravesado por gargantas más pequeñas; en el lado contrario, donde la caliza brilla por su ausencia, las pizarras salen de acumulaciones terciarias, y forman las vertientes de la Sierra más alta en esa dirección.

Entrando ya en la rambla del río de Almería, pasamos otros pueblos más habitados, y encontramos pruebas de un clima mucho más cálido que el de los valles más altos. Aquí se pueden contar los plataneros y palmeras por cientos en lugar de decenas, las cañas son frondosas, los árboles frutales están repletos de fruta, y todo anuncia la cercanía a esas franjas subtropicales tan características de la costa meridional de España. El suelo es rico, y completamente terciario; las minas, aunque no desaparecen, pierden importancia, pero todavía se encuentran, a grandes intervalos, fundiciones en las colinas. Enfrente, o en el lado oriental de la rambla se levanta la Sierra de Alhamilla, una continuación de la de Gádor, que termina en la costa con pórfidos y serpentinas, donde el níquel, e incluso la plata y el cobre sustituyen al plomo. En la misma Alhamilla aparece el plomo al igual que en la Sierra de Gádor, pero ni las minas se han explotado demasiado, ni los resultados han sido muy favorables. Entre las dos Sierras, esta ancha garganta está formada por una singular extensión de arenas del terciario y conglomerados, y algunos mogotes forman una pequeña sierra, casi rivalizando en elevación con la sierra caliza, pero que evidentemente pertenece a un periodo muy moderno.

En esta parte del país, a no más de diez millas de la costa, hay abundantes pruebas de elevaciones locales recientes a una escala considerable, sin duda, manteniendo la horizontalidad de los depósitos, pero a veces con inclinaciones que alcanzan los 15 ó 20 grados. Toda la zona lleva mucho tiempo afectada por la acción sísmica, y muchos pueblos y aldeas han sufrido varios terremotos durante este último siglo. No

obstante, en los últimos años, el suelo ha estado mucho tranquilo, y las personas que han observado esto lo atribuyen a la apertura de las minas. En cualquier caso, lo cierto es que hay pocos lugares /163/ en Europa donde la tierra se ha perforado con más perseverancia.

Desde la rambla por fin damos con un camino empezado, pero solamente terminado parcialmente, como la mayoría de las cosas en España, y que se construyó con la intención de comunicar Almería con Granada. En su día era recorrido por algún tipo de diligencia, pero ya no, pues el negocio no tuvo éxito. La carretera es tolerable para una distancia corta, y la entrada a Almería es bonita. La ciudad se ve por primera vez al llegar a la cima de la última de una serie de colinas terciarias de considerable altura, y presenta una distribución de belleza singular, debido a las abundantes ruinas de un viejo castillo musulmán y sus fortificaciones. Dentro de las murallas, la ciudad es animada y alegre, las calles son bastante buenas, y las casas pequeñas. Al ser la ciudad principal de una provincia, tiene cierta importancia, y hay un volumen de comercio considerable con otros puertos del Mediterráneo; pero el alojamiento en la mejor posada, o más bien pensión, situada en una pequeña alameda es indescriptible de malo. Paredes encaladas desnudas, dos o tres sillas desvencijadas, una mesa aún más destartada de dimensiones mínimas, un lavabo más propio del camarote más pequeño de un barco de emigrantes, y dos camastros formaban el mobiliario. Las paredes, la mesa, el suelo y el lavabo estaban tan sucios, que uno podría fácilmente haber arrancado suficiente cantidad de material para estiércol, y las camas estaban mucho mejor adaptadas para la satisfacción de las pulgas que para el reposo de bípedos. Pero por desgracia así es España con demasiada frecuencia. La naturaleza ha hecho todo lo que está en su mano, y ha proporcionado todo lujo de climas y fertilidad en estas tierras. Sin embargo, sus habitantes son totalmente indiferentes a todo; dejan estos magníficos regalos a su albedrío; las frutas pueden madurar o pudrirse a discreción, y la limpieza, comodidad o incluso las necesidades básicas de la existencia se desprecian por completo.

En el valle del río Almería termina la comarca de las Alpujarras, y el carácter del paisaje, así como la estructura, parecen cambiar. El conjunto es particularmente interesante, tanto por su condición actual como por sus peculiaridades físicas y geológicas, y su historia. Aquí, en la historia de la naturaleza, se han formado algunas de las mayores modificaciones de caliza y pizarra que pueden encontrarse en Europa; /164/ cerca de aquí se elevan algunas de las montañas más altas de Europa; aquí se acumulan algunos de los mayores depósitos de galena pura que se conocen en el mundo; aquí se han acometido más obras de minería de superficie y en profundidad que en cualquier otra superficie comparable; aquí han habitado y trabajado la minería los antiguos fenicios y cartagineses, los romanos, y los musulmanes, primero durante su auge, y luego en su decadencia; y más recientemente ha llegado aquí la raza mestiza de los conquistadores castellanos, que se propusieron aniquilar a sus odiados enemigos con las más pérfidas infracciones de todos los acuerdos firmados con ellos, y les empujó como último recurso a buscar refugio y venganza en actos de piratería, que durante largo tiempo atacó la actividad comercial de varios puertos del Mediterráneo. En la comarca se pueden encontrar productos de África, Asia y América tropical, floreciendo al lado de productos de la Europa templada. Aquí encontramos todos los climas, desde los hielos perpetuos a la primavera o el ardiente verano; torrentes de lluvias, y lugares donde apenas llueve; arroyos ricos en truchas y otros peces, y lechos secos de ríos donde apenas hay suficiente humedad para los cactus o higueras. Aquí tenemos algunos de los mejores y más espectaculares paisajes de montaña de Europa, algunos de los desiertos más indómitos y salvajes, algunos de los valles escondidos más encantadores con ricos bosques, y algunos de los pueblos y casas más pintorescos rodeados de jardines, de madreSelva y otras flores. Aquí hay una franja costera bañada por las azules aguas del Mediterráneo; se puede decir, usando las palabras de un poeta árabe que, por voluntad de la naturaleza, es «una tierra, donde si andas, las piedras son perlas, el polvo oro, y los jardines el paraíso».